

Confiando en Dios Desde La Juventud

064

Salmo 71:1 *En ti, Señor, me he refugiado; jamás me dejes quedar en vergüenza. 2 Por tu justicia, rescátame y líbrame; dignate escucharme, y sálvame. 3 Sé tú mi *roca de refugio adonde pueda yo siempre acudir; da la orden de salvarme, porque tú eres mi roca, mi fortaleza. 4 Líbrame, Dios mío, de manos de los impíos, del poder de los malvados y violentos. 5 Tú, Soberano Señor, has sido mi esperanza; en ti he confiado desde mi juventud. 6 De ti he dependido desde que nací; del vientre materno me hiciste nacer. ¡Por siempre te alabaré!*

Pensemos:

En el Salmo que hemos leído, encontramos la oración de un anciano, que llegó a su longevidad lleno de vida confiado y fortalecido en el Señor. Que grandioso es poder llegar a esa edad, reconociendo el acompañamiento del creador en todas las etapas de la vida.



Todos hemos pasado por la etapa de la juventud. Y una característica del joven, es que a esa edad tenemos la tendencia a creernos autosuficientes. Nos creemos inmortales, retamos a la muerte exponiéndonos a todo tipo de aventuras y peligros. Nos llenamos de la vanidad de la juventud, despreciamos el consejo del anciano, creemos saberlo todo, no necesitar de nadie y pensamos que podemos solos contra el mundo.

Pero los años pasan, la fuerza y el vigor desaparecen, la piel se arruga, el cuerpo se inclina. Cuando esto sucede, sobreviene la angustia y el temor. Y nos

preguntamos: ¿Quién cuidará de mi vejez? Y si me enfermo ¿Quién me atenderá? ¿Quién me dará el alimento? ¿Quién pagará mis cuentas?

Y es que la inseguridad es ciertamente fuente de gran temor en los ancianos. Lamentablemente vivimos en una sociedad muy violenta, donde la vida del prójimo no vale nada, peor la vida de los ancianos. Los periódicos nos traen noticias espeluznantes del abuso de delincuentes, en contra de los ancianos. Los ancianos son víctimas fáciles de los maleantes.

Ante todo esto, la realidad es que Dios jamás se olvidará de aquel que durante toda su vida puso su confianza en El. Aquel que en la ancianidad pueda exclamar con fe, así como el Salmista: “Señor tú eres mi roca, mi fortaleza. Tu eres quien me puede librar de las manos de los impíos, del poder de los malvados y violentos”.

Si tú eres un joven, encomienda al Señor tu camino desde ahora para llegar a la ancianidad, confiado en la protección del creador. Y si tú ya eres un anciano, llénate de la fortaleza que da el depender en todo de Dios. Aquel que te dio la vida desde el vientre de tu madre. Viviendo así, jamás serás avergonzado. Siempre tendrás a Dios a tu lado para poderle expresar como el salmista: “Señor, por tu justicia, rescátame y líbrame; dignate a escucharme, y sálvame”.

Haciendo así, de seguro Dios atenderá tu llamado, Porque así lo promete El mismo en Jeremías 33:3 cuando dice: “Clama a mí y te responderé, y te daré a conocer cosas grandes y ocultas que tú no conoces”.

Oremos:

Amado Padre Celestial,

Gracias por la inspiración que me produce el autor del Salmo 71, cuando en su vejez reconoce tu protección durante toda su vida. Permíteme a mí también llegar a esa edad con gratitud y complacencia de saber que tú siempre eres fiel. Quiero desde ahora llenarme de la misma confianza y esperanza para enfrentar mi ancianidad con la seguridad de que siempre estarás allí para ayudarme y socorrerme. Gracias por ser mi refugio, y apoyo incondicional, para alcanzar nuevamente mi paz y tranquilidad. En Jesucristo el Señor, Amén.